

# El Entreacto.

PERIODICO DE TEATROS,

## LITERATURA, ARTES Y MODAS.

Agueda Engelmann.

### La Felicidad.

La rosa de la aldea, el lirio del valle y los demás epítetos consagrados a las modestas bellezas de la naturaleza campestre, designan siempre la mas linda del lugar. Este título empero requiere la posesión de otras dotes recomendables, porque los hombres que se dedican a la vida agrícola, se distinguen por un espíritu de justicia infinita, y antes de conceder sus sufragios a la hermosura examinan las cualidades del corazón. La rosa ó el lirio deben ser pues tan amables como graciosos, y para conquistar estos nombres necesita la belleza menos atractivos que virtudes.

Agueda Engelmann era hija única de Franz, rico molinero del distrito de Nécker, y merecía bajo todos aspectos la preeminencia que le concedían á porfía sus jóvenes compañeras. Su padre económico e industrial, poseía además de un molino harinero que le producía mas de lo necesario para su subsistencia, una hermosa casa, de la que solo ocupaba la mitad con su familia, habiendo reservado dos aposentos que estaban al cuidado de su mujer para hospedar, mediante una gratificación equitativa, á los viajeros que la casualidad ó el deseo de tomar aires condujese al valle. Tanto la casa como el molino, estaban situados en una deliciosa campiña regada por el Nécker y ceñida por la cadena de montañas que dan paso al Rhin. ¡Qué perspectiva tan encantadora! ¡Cuántas veces contempló la pobre Agueda con llorosos ojos las aguas espumosas del Neck, perfecta imagen de los agitados días que la esperaban!

Diez y seis años tenía, cuando conoció el amor. Mas ¿cómo hacer una fiel pintura de aquella interesante joven? ¿Dirémos que sus cabellos eran largos y suaves, su cintura breve y sus ojos brillantes adornados de largas pestañas negras que daban sombra y dulcificaban el fuego de sus miradas? ¿No se creará, sin que haya precisión de expresarlo, que la túnica corta de

las aldeanas de Alemania, dejaba en parte señaladas sus formas deslizada?

«Necesitamos un testigo de lo que valemos» decía una vieja condesa, y estoy de acuerdo con su modo de pensar. La belleza debe reberberarse en el corazón y en los ojos de los demás, antes de que se adquiera el derecho de creer que se posee. Veamos pues si Agueda tuvo alguna ocasión de apreciar su hermosura.

Era un día de fiesta, la del patron del distrito, y la pequeña iglesia de Schierbach se veía cubierta de banderas y gallardetes con todo el lujo y elegante sencillez que permitían los recursos de los habitantes de la aldea. Los hijos del maestro de escuela Carlos y Getrudis, amigos de Agueda desde la infancia, se habían encargado de hacer las guirnaldas, distribuir las flores y arreglar todos los adornos de la iglesia, se entiende salva la aprobación del Pertiguero, del Bailio y otras personas de consideración. Bien quería Getrudis respetar las decisiones de estos señores, pero Carlos se opuso alegando que en materias de gusto, de nadie recibiría consejos sino de Agueda. El pobre mozo estaba enamorado de la hija de Franz: la adoraba con toda la sinceridad de que es capaz un aldeano, pero nunca había osado declarar su pasión: su corazón se hallaba oprimido; parecía sufrir un tormento que le ahagaba; tenía necesidad de amar y no sabía como consolarse: el único placer que estaba en su mano, procurarse era la satisfacción de velar sobre su joven amada con una ternura mas que fraternal y la puntualidad que se había impuesto de cumplir y prevenir sus deseos con la mayor atención y delicadeza. Getrudis no ignoraba el secreto amor de su hermano; lo había adivinado; pocas veces se equivocan las mugeres sobre este punto; mas era discreta y nunca habló á Carlos ni á su amiga una palabra acerca de su descubrimiento.

Las jóvenes de la aldea iban entrando en la iglesia vestidas de gala, con sayas blancas, y el pelo trenzado y tendido por las espaldas; llevaban pañoletas de vivos colores, y cada una su libro de devoción en la mano derecha y un pañuelo en la iz-



quierda. En cuanto á sus admiradores, los jóvenes las acompañaban hablando y riendo con estrépito el acercarse á las madres: murmurando á sus oídos tiernas frases cuando ofrecían el brazo á las que habían elegido sus cora ones, mas bien que los frios cálculos de las familias.

Paréceme estar viendo todavía aquellas dichosas parejas, serias unas veces, tímidas ó risueñas otras, pasearse en la plaza de la aldea, en donde en vano me afanaba por descubrir sus pasiones y sus sueños. Ignoro si la misa que acababan de oír, ó la música, ó el baile que duró casi todo el día enagenaban sus ánimos, haciéndoles disfrutar de una perfecta alegría; pero es innegable que en todos los países católicos hay un sentimiento de placer mezclado con la religión que es en extremo laudable, y al cual deben las costumbres saludables reformas.

Por la tarde hubo reunion y baile en el molino de Franz. Todos eran dichosos, ó al menos lo parecían: reían, bailaban y ocupándose tan solo del momento presente, se entregaban de todo corazón á aquel contento tan frecuente en la patriarcal y sencilla Alemania. Sin embargo, mas de dos años antes convencidos de que eran dichosos porque estaban juntos permanecieron en la pradera, jurándose fidelidad así á las puertas de la iglesia, mientras que sus padres sonriendo de esperanza, celebraban las inclinaciones nacientes que les prometían verse rejuvenecidos en breve.

En cuanto á mí, aunque poseído de una melancolía profunda producida por una separación cruel, no hubiera querido por todo lo mas precioso que encierra el mundo anublar la felicidad que para aquellos honrados aldeanos unia lo futuro á lo presente. Pero no tardé en conocer, observando sus animados grupos, que allí había algunos corazones tan afligidos como el mío. La algazara del baile no inspiraba á Agueda su vivacidad ordinaria, y aun creí notar que nunca me había parecido tan seria y desdenosa. ¿De qué provenia esta mudanza? ¿Se hallaba por ventura sola en aquella bulliciosa reunion? ¿Qué acontecimiento funesto había turbado la serenidad de aquella alma tan pura, tan angelical? ¿Y por qué Carlos se sostenia apenas apoyado á un arbol, con los brazos cruzados sobre el pecho y el sombrero encasquetado hasta los ojos?

Quise penetrar si podia, el secreto de tanta tristeza, impulsado por un movimiento de compasion, y no por satisfacer una curiosidad indiscreta; he aquí lo que desde luego conjeturé. Carlos había declarado su pasión á Agueda, y ella lo había recibido con ingratitud. Sin duda el

infeliz Carlos sufría en aquel momento un dolor que rompe todas las cuerdas del corazón, el dolor que ocasiona un amor desgraciado. Sin duda Agueda, sin conocer toda la estension del mal que causaba, conocia que había afligido á Carlos, y se afligia tambien.

#### *La seducción.*

Felicitábame ya de mi admirable perspicacia, cuando de un golpe perdí el hilo que me había guiado á tan probable conclusion. Presentóse en medio de los bailarines el honrado molinero, padre de Agueda, grave como un magistrado, provisto de una larga pipa con chimenea de metal, y acompañado de un personaje, cuyo traje y modales contrastaban singularmente con la escena que tenia delante. La aparición de este sugeto en el molino produjo una visible agitacion en los dos jóvenes, y entonces me acordé haber oído decir que hacia dias había alquilado Franz sus dos aposentos desocupados á un rico estudiante que debia ocuparlos durante la primavera y el verano. No dudé pues que el caballero cuya presencia había turbado á la hermosa Agueda, obligando al triste Carlos á separarse de su lado, era el estudiante de quien tanto se hablaba: en efecto, no me equivoqué; se llamaba Mr. Jorge Wilmar.

Adelantóse lánguidamente y como distraído hasta el banco en que estaba sentada Agueda, y al aproximarse á ella, cayó á sus pies con la mayor gracia y fingiendo ser aquella demostracion un efecto de la casualidad mas bien que de sus deseos. No bien hubo presenciado esta galanteria cuando sin saber por qué me sentí sobrecogido de una ansiedad indefinible, empecé á presagiar en mi interior mil desgracias. Seguí el ejemplo de Carlos; es decir, me retiré de aquella amable compañía, mas no como él á la soledad para suspirar libremente, sino á mi casa para reflexionar sobre la depravacion é inmoralidad del género humano.

Desgraciadamente para Agueda, su buena, pero débil madre, creia firmemente que aquella había nacido para ser una gran señora, y que en consecuencia debia escoger esposo en una esfera social superior á aquella en que su familia vegetaba, para que de este modo se cumpliesen todos los dorados sueños de la ambicion maternal. ¿Qué era lo que la inducia á pensar de aquella manera? Sin embargo una ambicion de esta especie es muy rara entre los alemanes, particularmente en los labradores, que estan bien persuadidos de su dignidad personal, lo cual les defiende de la baja envidia que anima en otras



partes á cada clase de la sociedad contra las que le son superiores, y de la que solo pueden esceptuarse las que han logrado subir á tal altura, que las pone á cubierto de la rivalidad.

¿No es Agueda la muchacha mas bonita de la aldea? ¿no se mueren todos por ella? ¿quien es capaz de asegurar lo que puede suceder?

De este modo hablaba Mdme. Eugelmann á su marido, para probarle que seria muy ventajoso para ellos agasajar bien á M. Wilmar, y el buen Franz con todo el orgullo de su caracter y la pequeñez de su inteligencia, convenia en que nadie podia decir lo que sucederia ó no sucederia. Dió en consecuencia su asentimiento con respecto á este punto, y recibió con alegría el primer trimestre que el estudiante le pagó adelantado.

Jorge Wilmar era tan hábil para combinar un plan como elegante en su persona. Tenian veinte años, pero á esta edad, en la que muchos empiezan á vivir, era él un cosumado libertino, habia adquirido una experiencia asombrosa del mundo, y sabia dar direccion á sus pasiones con la mayor sangre fria, hasta conseguir el objeto que se habia propuesto. Práctico en la retórica que seduce tan facilmente el corazon de las doncellas sin experiencia, poseia al mismo tiempo una elocuencia irresistible, y no ignoraba el gran partido que puede sacarse de un entusiasmo desahogado fingido. ¿Debia esta vez coronar el éxito de sus esfuerzos? Demasiado lo veremos.

Wilmar tenia algunos amigos de universidad, pues poseia en primer grado todas las cualidades que los jóvenes desean encontrar en los de su edad. Cantaba, jugaba, montaba á caballo y bebia sin que en estos ejercicios hubiese uno que le pusiese el pie delante. El principal de sus íntimos era Eberardo Von-Heinthal, con cuya hermana habia prometido casarse, el cual deseoso de asegurar para su familia tan buen partido, como era el que se presentaba en la persona de su rico camarada de estudios, no habia dejado de pensar que la hermosura de la hija de Franz podia servir de obstáculo á sus proyectos, y continuamente embromaba á Jorge por su extravagante gusto de pasar la parte mas bella del año en aquella soledad. Pero este paraba los golpes con admirable hipocresia, y disminuía, sino auyentaba del todo los temores de su amigo. Aseguraba que el ruido del molino en nada le distraia de sus meditaciones, y que habiendo abrazado el estudio como una ocupacion esclusiva ¿dónde mejor que en aquella pintoresca campiña podia entregarse á él con

mas tranquilidad? Con el mismo descaro eludia todas las preguntas de Eberardo acerca de Agueda, y cuando habia agotado las razones salia del apuro con un monosílabo. La palabra *no* puede en todo caso destruir las aseveraciones mas bien fundadas que inventa la razon, el interés ó el sentido comun.

Es preciso considerar ahora á Agueda espuesta á todos los peligros del desigual combate con que la provocaba una traidora disfrazada con el velo de la amistad, y hecho juguete de los inevitables escollos de la vanidad y del amor propio aquel corazon virgen, ardiente y sencillito. Su adversario demasiado diestro y seguro de la superioridad de sus recursos, va á apoderarse por medio de la adulacion de aquel corazon humilde y confiado.

Wilmar que hacia tiempo admirara su belleza se habia propuesto seducirla; con esta depravada intencion se presentó en el molino, y por desgracia la logró. Al poco tiempo de su llegada subyugó enteramente á la infeliz Agueda que ya no tuvo que concederle ni negarle, mas no bastando al monstruo el sacrificio de su inocencia, exigió el de su reputacion: aquella rosa deshojada, aquel lirio marchito debia huir con su seductor á la ribera opuesta del Rhin. ¿Cómo negarse? Habia dado el primer paso en la senda del vicio: ¿cuán ligero es el segundo! y ¿qué consecuencias tan amargas produce la primera falta!

En el intervalo de las horas que faltan hasta la noche en que la fuga debe verificarse, Agueda no goza un momento de tranquilidad. Está sentada cerca de la ventana desde la cual se divisan á lo lejos las claras aguas del Neker, y al lado de su madre que se entretiene en hacer punto de malla y que dirige sus miradas unas veces á la labor y otras á su desventurada hija. Los ojos de esta se clavan en fin en los de la demasiado crédula molinera, y le confusion tiñe repentinamente de grana aquel rostro pálido y gastado ya por el remordimiento.

—¿Por qué esa agitacion, hija mia? le pregunta Berta. ¿Es posible que no descubrais á tu madre la causa de tus penas? ¿Qué te sucede? Vamos; habla.

—«No me allija vd. madre mia, responde Agueda turbada. Ah! por compasion, no me haga vd. mas preguntas, porque me será imposible responder á ellas, aunque se me parta el corazon.

—«Agueda, ¿qué es eso? ¿asi abusas de mi indulgencia? ¿asi desdeñas mi cariño, ingrata? Al decir esto la pobre madre dejó caer al suelo su trabajo. Demasiado cruel era esta escena para la seducida joyen: era



la gota que hacia derramar el caliz lleno de amargura.

—«¡Madre mia! ¡madre mia! ¿qué será de mí! exclamó desesperada, y el dolor ahogó su voz... y cayó casi exánime abrazando las rodillas de Berta. Un instante mas, y se salvaba: el amor de la madre y la ingenuidad de la hija se hubieran confundido con una palabra de perdon, y esta palabra libertaba á la victima del abismo de la miseria en que iba á precipitarse... Estaba escrito que su perdicion seria irremediable!

La puerta se abrió con violencia y Franz encendido de cólera entró en el aposento.

*El desengaño.*

La madre y la hija temblaron al oír los conocidos pasos del molinero: mas cual fué su espanto al escuchar de su boca estas palabras:

—«¡Y vives aun, deshonra de mis canas, tú, cuya vanidad fomenta todavía esa loca muger para apresurar tu entera perdicion! Ella, ella sola, esa madre culpable te ha arrojado al precipicio. Oyeme, Berta. Tu insensato orgullo nos ha colmado de desgracias en vez de los bienes que te prometias, si; Agueda está perdida, lo sé, estoy seguro de ello, y en la aldea no se habla de otra cosa, sino de nuestra afrenta. ¿Y quién, á no ser tan poco precavido como tú, hubiera esperado otra cosa de tus ridículos proyectos? Ay de mí! ¿Cómo he sido yo tan necio en fiarme de tí?

Agueda no podia hablar. La desdichada madre levantó al fin los ojos preñados de lágrimas, los fijó en su marido y exclamó.

—«¡Dios del cielo! ¿qué es lo que dices Franz!

—«Loca! gritó éste furioso y empujándole con violencia, se acercó á su hija tan inmóvil y petrificada cual si fuese estatua de mármol.

—«Dime, Agueda, la dijo, agarrándola por el brazo y reconcentrando la cólera; pero dime la verdad, como si estuvieras en el último trance de tu vida: ¿en qué estado se hallan tus relaciones con M. Wilmar?

—«Padre mio!... perdón! me ha prometido su mano, murmuró Agueda.

—«Basta! basta! no mas! gritó Franz desesperado, y dejando caer el brazo de la jóven, salió de la habitacion, como un hombre que se teme á sí mismo, ó que sabe á qué excesos puede conducirle la pasion. Agueda levantó al cielo sus manos suplicantes y heladas, y Berta se rindió á un terrible desmayo.

En medio de aquel desórden se estravió la razon de la pobre Agueda y huyó por salvarse del furor de su padre. Hasta

la noche no se supo su desaparicion. Cuando volvió en sí, Berta se dirigió guiada por un fatal presentimiento al cuarto de su hija; abrió la puerta con silencio, y al verla vació, fué tan intenso su dolor que el ánimo y las fuerzas le saltaron y cayó en tierra en un estado de estupor imposible de describirse.

Dejemos pasar algunos meses sobre tan desagradable suceso y trasladémonos á la época en que la sin ventura Agueda volvió á los lugares de su infancia. Ya no encontró á su padre: el alma del buen molinero habia roto las prisiones de sus terrestres padecimientos y su cuerpo reposaba en el humilde cementerio de Schlierbach.

Berta estaba en la puerta de su casa esperando á aquella hija que habia perdido, y á una inocente criatura que iba á pedirle el perdon de la culpable: la pobre muger secó sus lágrimas en las mantillas de su nieto y lo estrechó contra su pecho.

—«Dios te traiga con bien á casa de tu abuela, le dijo enternecida, y procurando disimular su agitacion.

—«Perdon, perdon, madre mia!

—«Hágase la voluntad del señor. ¡Ay, Agueda! Si el que está en el sepulcro pudiese contemplarnos hoy, nada mas apetecería mi corazón... pero... hágase la voluntad del señor.

Esta alusion á la muerte casi repentina de su padre era demasiado fuerte para la jóven madre que no pudo soportarla: el sentimiento la privó de sus sentidos, y Getrudis, su fiel amiga la recibió en sus brazos, prodigándole en seguida toda clase de cuidados. Por lo que toca á la viuda Engelmann se dedicó enteramente al pequeño Wilmar, y á pesar de que trataba á su hija con la mayor ternura, con todo no sabia estar un instante sin el nietecillo encima de sus rodillas.

De este modo vivieron algun tiempo. Jorge Wilmar nunca se atrevió á presentarse en el molino, pero Agueda siempre que podia llevaba su hijo á Heidelberg, donde continuaba sus estudios. El amor que Jorge manifestaba á aquel inocente era para ella la mejor prueba de que no se habia entibiado su afecto, era una garantia segura de la promesa que le habia hecho de hacerla su esposa cuando saliese de la Universidad. A pesar de esto, sus viages eran algunas veces bien tirstes!

Un dia, fingiendo Wilmar la mayor complacencia por los juegos del niño, dijo á Agueda con aparente indiferencia, que ocultaba profundos designios.

—«No harías mal en dejarme, amada mia, para mi consuelo, pues ya no me hallo sin él.



—¿Y qué! ¿no te pertenecemos los dos? le respondió ella tiernamente

Jorge se turbó de vergüenza, pues tenía intenciones de descubrir á su víctima el proyecto que abrigaba de casarse con la señorita de Heintal. Quería quedarse con el niño, llevarlo á sus haciendas de Baviera, y en el caso de oposicion por parte de Agueda, se proponia asignarle una renta anual para su educacion, hasta que estuviese en edad de poder entrar en el Gimnasio. Contentóse pues, con decirle que al dia siguiente se ausentaba con Erberardo, aprovechando las vacaciones; y dándole un tierno beso, abrazó muchas veces á su hijo y la dejó sola.

—¿Qué significa esto? ¿Por qué se marcha tan repentinamente sin darme una palabra afectuosa? ¿Mañana! ¿Y con el caballero de Heintal! ¿Me amará ya menos que antes? ¿Podrá olvidarme? Tales eran los pensamientos de la triste Agueda, al paso que volvía tristemente al molino, inundando con su llanto el rostro de su hijo. En vano la viuda de Engelmann y Gertrudis procuraron calmar sus angustias, durante los dos primeros dias que siguieron al de la despedida de su amante. Por último, al tercero, se presentó un aldeano en el molino, y entregó una carta, añadiendo que no tenía respuesta. Decía así:

«Mi querida Agueda;

«Es inútil que alimentes por mas tiempo quiméricas esperanzas, que circunstancias imperiosas me obligan á desvanecer.»

«No debes dudar á pesar de todo, de que yo tendré el mas eficaz cuidado de atender á tu suerte sin mezquindad. ¿Qué mas puedes exigir de mí? En cuanto á mi hijo, haré de modo que Amalia consienta en recibirlo, y te prometo no perdonar gasto para proporcionarle una buena educacion y un destino envidiable. Soy su padre; si, su padre; este título me lisonjea, y te doy gracias, hermosa Agueda, por este presente que me hiciste en un tiempo que debíamos contemplar muy lejano de nosotros. Aquel tiempo pasó y por lo mismo no existe ya; solo tu fantástica imaginacion puede inspirarte la loca idea de amarme hoy, como me amaste ayer. Esto no se opone, en mi sentir, á que siempre seamos buenos amigos.»

«Permiteme que te dé un consejo, y un consejo desinteresado. Admite en tu gracia al desgraciado Carlos de quien yo te he separado; ámale, cástate con él, y créeme, serás dichosa.

«Para obligarte á este paso, si es que te parece algo dificultoso puede servirte de ejemplo yo mismo: te anuncio pues mi

próximo enlace con la señorita de Heintal.

Dejó á mi querido Henrique Wilmar el cuidado de enjugar las lágrimas que me figuro derramarás al leer este billete: te pido que sean las últimas y que me cuentes siempre en el número de tus mas sinceros y afectísimos amigos.

Jorge Wilmar.

La víctima.

Leyó Agueda hasta el fin el fatal billete, y el dolor embargó sus sentidos largo espacio: cuando volvió en sí pareció tranquila y resignada. La viuda Engelmann y Gertrudis auguraban bien de esta conformidad, y creían que no tardaría en borrar del corazon de la infortunada la imagen del infame seductor, que habia causado todos sus males. Henrique dormía en la cuna ... de repente se arrojó Agueda sobre él desde la ventana, lo levantó, y estrechándolo contra su pecho, da libre curso á los sollozos que la oprimen. —«Es mío! es mío! esclamaba la infeliz madre: nunca te separarás de mí, hijo querido! Despues, como si el llanto del niño la tranquilizase, lo volvió á colocar dulcemente en la cuna, y arrojando el rostro á su rubia cabecita añadió:

—«¡Gran Dios!... ¡Es esta tu justicia! ¡Yo te he abandonado, y tu tambien me desechas en mi infortunio! ¡Ah! ¡Señor! ¡No me desampares en este momento de sangrienta ironía, de abandono infame!...

Hubiera caído segunda vez, á no haberla sostenido su madre y su amiga.

—«¡Misericordia! gritó la primera aterrorada; esa desgraciada carta... ¡pronto un médico! ¡pronto!

—«Hagamos pedazos ese escrito que la mata, dijo Gertrudis.

—«Sí, sí; bien dicho; tu eres una buena muchacha, y Dios te tendrá en su guarda. Dámelo, dámelo; yo misma lo romperé.

Pero la mano de Agueda estaba cerrada con tanta fuerza, que era imposible arrancárselo. El médico llegó al instante, pero toda su ciencia fué insuficiente para cortar la delirante fiebre que se apoderó de aquella desdichada.

—«Lo que mas necesita es reposo, dijo el doctor; y se despidió para enviar un aldeano á Heidelberg á buscar los remedios precisos. Hicieron que se retirase la anciana Berta á quien aquella escena hacia morir de sentimiento, y la fiel Gertrudis se quedó velando á la enferma.

Agueda observó que el médico, se habia marchado, y acercando la mano al oído, como para contar sus pasos, murmuró entre dientes:



Estoy sola...! Me abandona el ingrato...! Ya estarán casados! ¿Qué aguardo?

No, querida Agueda; eso no es bueno. ¿Por qué te atormentas así? Vamos sosiegate, y procura dormir un poco; yo te lo suplico.

—Dormir! ¿quien piensa en dormir? Allí está mi único sueño; allí, en la muerte! Henrique! hijo mio! ¿no es verdad que deseas morir? ¡Oh, yo te lo juro; no te llevaré a tu padre, no..... Tu padre! ¡el hombre que me ha deshonrado!

Y empezó á llorar.

—Gracias á Dios que desahoga su pena, dijo su amiga. Y la enferma, despues de haber hablado largo rato, acabó por dormirse. Entonces Getrudis salió del cuarto en puntillas y fué á consolar á la pobre Berta, y á saber si Carlos habia vuelto de Heidelberg, con las medicinas que el doctor habia pedido.

—Está durmiendo, señora Berta, dijo en voz baja.

—Alabado sea Dios, respondió la pobre madre. ¡Desventurado niño! tambien duermo sin conocer que ha nacido entre lágrimas y oprobios.

—Ea, señora Berta; es preciso mas valor, y que esperemos de Dios dias mas alegres que estos.

Carlos tardaba y Berta y Getrudis no tardaron en dormirse tan profundamente como Agueda y su hijo. Habian sufrido tanto, que sus cuerpos estaban rendidos, y la consoladora esperanza, halagándoles los corazones, les cerró los ojos.

Entretanto se desveló la enferma y dejando silenciosamente el lecho, se dirigió al aposento en que dormian su madre y su amiga. Tomó al niño en sus brazos, teniendo cuidado de levantarlo suavemente para que no llorase, y entornando la puerta, bajó la escalera con precaucion y salió al campo sin hacer el menor ruido.

¿Adónde iba alucinada con aquella inocente carga? ¿cuáles eran sus proyectos, cuando pasó rapidamente junto á Carlos, semejante á una nube arrojada por el frio viento del Norte? El jóven aldeano, que volvia de Heidelberg se imaginó que veia pasar al alma de su amada, engañado por la velocidad con que caminaba, y por sus vestidos blancos y esparcida cabellera que le daban la apariencia de una hermosa fantasma. Al llegar, encontró la puerta abierta.

—«En nombre del cielo! exclamó Getrudis ¿por qué duermes?

—«Yo estaba despierta, respondió la viuda.

—«Sí, despierta: durante vuestro sueño, ha pasado su alma junto á mí.

—«Dios mio! gritó Getrudis entrando

en el cuarto de la enferma. ¡Se ha marchado! ¡ha desaparecido!

Y el niño tambien! pronunció apenas Berta, desesperada al descubrir que la cuna estaba vacia. ¿Dónde estará! ¿qué habrá sido de ella! ¡Agueda! ¡Agueda! ¡hija mia!

Carlos se precipitó en la direccion que la habia visto, con la esperanza de salvarla, si aun era tiempo...

¡Inútil deseo! El Neker habia recibido en sus aguas profundas á Agueda y á su hijo. Al dia siguiente se encontraron sus cadáveres en la orilla del rio.

Y ahora reposa aquella jóven sin ventura en el cementerio de Schlierhach.... en paz repose, y quiera Dios que el angel que estrechaba contra su corazon en el instante de su muerte le haya abierto el camino del cielo.

W. Y.

### EL DESENGAÑO.

¿De que sirve vivir entre placeres de este mundo falaz y engañador con banquetes, orjías y mugeres y siervos que le llamen su señor?

¿De que sirve la risa maliciosa que alabaga y atormenta el corazon de una beldad sensible, cariñosa que muestre con falacia su pasion?

¿De que sirve vivir apasionado á una deidad rendir fiel vasallage y mecerse en sus brazos extasiado cuando en ellos se agita el fino encaje?

Si esta beldad altiva en demasía le mira con desprecio y con orgullo y juzga avasallar con alegría fiel corazon que siempre fuera suyo.

Vale mas que olvidado en un desierto la vida arrastre y por tu amor fallezca, y mi cadaver insensible yerto á las fieras el pasto las ofrezca.

Mas vale fallecer de ti lejano ocultando la misera existencia; renunciando á estrechar tu blanca mano sin ilusion, sin dicha, sin creencia.

A. H. Callejo.

### COMUNICADO.

Alicante 16 de enero de 1841.

Sres. redactores de *El Entreacto*; esperamos de la bondad de Vds. que en obsequio á la persona á quien va dirigido este artículo, se serviran insertarlo en su apreciable periódico.

El dia 12 de enero de 1841 se representó en el Teatro de esta ciudad, la come-



diatitulada *Un Cuarto de Hora*: El Correo Nacional, el Entreacto y otros periódicos, han hablado ya con mucho tino del mérito artístico de esta pieza, y han tributado justos elogios á su inmortal autor, por cuyo motivo no repetiremos aquí lo que plumas mas espertas que la nuestra han escrito ya.

Nuestro único objeto al escribir estos renglones, es el deseo que tenemos de dar á entender al incomparable Breton de los Herreros, que la ciudad de Alicante se complació en añadir una hoja de laurel á la corona que circunda su cabeza creadora, en la noche en que se representó su última comedia. Apenas se leyeron los programas de la función en donde se hallaba estampado el nombre del nuevo Moratin, cuando ya todos se ocuparon en procurarse localidades para ir al teatro: todos hablaban del *Cuarto de Hora*, todos anhelaban verle representar; llegó la noche, y una hora antes de la anunciada en los carteles, ya llenaban las gradas y galerías una infinidad de gentes de todas clases, y al levantarse el telon, ocupaban un teatro para seiscientas personas, cerca de novecientos espectadores que desde que la Señora Monterroso dijo con suma gracia

Y en que lo conoce Usted,  
En lo negro ó en lo blanco

hasta que cayó por última vez el telon, rieron y aplaudieron sin cesar. Un entusiasmo indecible reinaba en todos los corrazones, todos elogiaban á Breton, todos repetían algunas de sus sales, y todos hubieran deseado que la comedia se compusiese de ocho ó diez actos. Este es el efecto que produjo el *Cuarto de Hora* en el público de Alicante, en nombre del cual me atrevo á felicitar á su autor, y á darle gracias por haber añadido al teatro español una producción que tanto brillo le dará.

La Sra. doña Francisca Monterroso, á beneficio de la cual se representó el *Cuarto de Hora*, estuvo tan feliz en el desempeño de su papel, y fue tanta la gracia y maestría con que lo ejecutó, que mas de una vez arrancó aplausos de entusiasmo, y mostró ser una verdadera artista. — N. C. J.

## VARIEDADES.

### LEYES BONITAS PARA LAS FEAS.

Tenian los antiguos babilonios la singular costumbre de sacar á público remate las doncellas de la ciudad en ciertos dias del año, y este acto se empezaba por manifestar primeramente la mas hermosa de

todas, la cual se la llevaba el que mas pagaba por ella; luego eran presentadas por su orden todas las demas una por una, segun el grado de hermosura que poseían y eran rematadas en los mejores postores con quienes por consiguiente se casaban; y estas almonedas producian considerables sumas de dinero; pero no siendo todas hermosas, las pobres feas parece que debian de quedar desconsoladas; mas aquí entra el chiste y la sabiduría de aquel gobierno, porque luego seguía el remate de ellas, quedando adjudicadas á aquellos que se contentaban con recibir menos dinero por casarse con ellas, lo cual les era pagado del fondo producido por la venta de las bonitas; ¡oh si volvieran esos tiempos, cuántos y cuántos pobres se remediarían!!!

—La doble renuncia que hizo el Emperador Carlos V. del imperio y del trono de España, es el acto mas digno de toda su vida. Conociendo este príncipe muy á fondo la vanidad de todas las grandezas, y la falsa brillantez de las coronas, prefirió el retiro de San-Juste al palacio imperial; hallando en este estado una satisfacción mucho mas sólida que en ser el arbitro de la Europa. La gloria que rodea á la grandeza nos inclina á estimar á los que la renuncian espontáneamente.

### La honradez de un jóven causa un gran suceso.

Mientras los españoles mantenian en 1586 el tenaz asedio de Ambéres, sucedió unacosa de poca importancia que acarreó un grande acontecimiento.

Estaba enferma una señora de la ciudad, y necesitaba para su cura tomar leche de burras. Como no era posible hallarlas en la plaza, un jóven se ofreció á ir por una á los arrabales, no obstante hallarse en poder del enemigo; en efecto ya traía una cuando fué apresado, y conducido al duque de Parma.

Este general trató con bondad al jóven; alavó su honradez, é hizo cargar la burra de perdices, capones y de cuanto pudiese ser útil á un enfermo, ordenando que todo se lo llevase á la señora, y diciéndole al ayuntamiento y pueblo de Ambéres que él les deseaba toda suerte de prosperidades.

Esta generosidad inesperada del duque hizo una revolucion general en su favor, decidiéndose el enviarle, á nombre del público, dulces y vinos de la ciudad. Los espíritus se calmaron con estas mútuas atenciones, se acostumbraron á pensar que los españoles no eran tan fieros como se creía, y esta opinion evitó muchos ma-



es, é hizo que se rindiése la plaza. Este suceso causó tanta alegría á Felipe II, que habiéndole llegado la noticia á media noche, á pesar de lo misterioso y austero que era, fué al cuarto de su hija Isabel, dando golpes á la puerta, y gritando: «Ámbéres es nuestra.»

--En 1763, un ingles llamado Guillermo Orebough, fué condenado á pena de muerte con otros quince delincuentes. El día antes del suplicio, se apoderó de él un deseo violento de ver á su muger y despedirse de ella. Hizo que trajesen vino, y convidó al carcelero á beber con él. Luego que le vió medio embriagado, le dió á conocer su intencion, pidiéndole permiso para ausentarse por dos horas, jurándole que, pasado este tiempo, volvería á presentarse en la prision. El carcelero, que tenía la cabeza caliente, consintió en todo, y le abrió la puerta. Orebough corrió á casa de su esposa, que quedó sorprendidísima al verle, y le exhortó á que aprovechase la ocasion de escaparse; pero el marido resistió valerosamente la tentacion, alegando su palabra y la santidad del juramento, permitiéndose solo por todo consuelo pasar algunas horas con ella. Luego que se disiparon los vapores del vino, una inquietud mortal se apoderó del carcelero; habia ya dado la hora de la ejecucion y aun llegado los carros. Diez y seis reos eran los que debian presentarse y solo se encontraban quince; y preguntado al carcelero por el motivo de esta falta, refirió su desgraciada aventura. Hízole subir en el carro en lugar del delincuente, y se dirigió la marcha á Tiharn, lugar de la ejecucion. Orebough se habia dormido profundamente; despierta en fin: pregunta la hora, y corre á la prision. Los carros habian ya marchado, él va en su seguimiento, los alcanza y acercándose casi sin aliento á aquel en que iba el carcelero: «Baja,» le dijo, «que bastante tiempo has ocupado mi lugar y ya es razon que yo venga á tomarle. Si no se hubiesen dado tanta prisa á partir, no habrias tenido el trabajo de venir hasta aqui, ni yo me habria fatigado para alcanzarte.» Diciendo estas palabras, sube al carro, quejándose amargamente de que se le hubiese creído capaz de faltar á su palabra. Al concluir esta relacion, deseáramos poder asegurar al lector que la gracia del condenado fué el precio de su buena fe.

#### BAILE DE MÁSCARAS.

Cansado, molido de la mala noche, porque mala es, por buena que sea la de un baile de máscaras, cojo la pluma muerto de sueño, señores míos del *Entrecto*, para decir á Vds. que me he divertido en grande. El teatro de la Cruz se convirtió anoche (aun dura mi ilusion) en un no brillante, sino animado panorama: caras hermosas, prescindiendo de las caretas,

buenos cuerpos, (los pies apenas se vían), y sobre todo sandunga y sal. Los hombres, menos yo y algunos pocos, se presentaron graves, á guisa de senadores, embutidos en fracs ó en levitas, porque en los preludios del carnaval dicen muy mal los dominós en talles masculinos (palabras de la inexorable moda.) En cambio se solazan las mugeres, á cuyos atractivos rinde homenaje la misma moda, y yo celebraré mucho que algunos no se hayan solazado anoche á costa de algunos pobres diablos de tantos como hay en el mundo.

—¿Me conoces?—Te conozco.—¿Quién soy?—Me parece... no lo sé.—Déjame en paz.—Hé aqui el variado tema de una noche: de máscaras y este tema es fastidioso, porque al fin es un tema: ¿por qué nos gusta tanto oirlo? ¿por qué no nos cansamos de él?—Por las variaciones. ¿Se dice tantos modos, me conoces! ¿Se dice de tantos modos, te conozco! Ahí está el babilis, el placer en el modo, en la variacion. Delicioso, muy delicioso es un baile de máscaras para el que á él va á gozar, á aturdirse: para el que va á estudiar costumbres, ó con la idea de escribir un artículo de periódico, es insufrible. Porque como en un periódico se ha de hablar de moral ó á lo menos no se ha de herir la susceptibilidad de los lectores! ¿Y cómo nosotros somos tan susceptibles! ¿Y cómo en un baile de máscaras, no digo yo que suceda cosa alguna, ni mucho menos inmoral, sino que no todo lo que sucede se puede estampar al día siguiente en un periódico! Vaya V. á escribir un artículo después de retirarse de un baile de máscaras.

Vd. no puede decir, *tengo sueño*, porque esto nada importa á los lectores, aunque tambien lo tengan. Vd. no puede decir, *el baile fue magnífico*, porque todavía tiene Vd. en la imaginacion una manola, y una valenciana, y una serrana, y una orhatera, y una turca, y una griega, y una romana, que le trastornaron los sesos para quince días, y no le dejaron observar el baile. ¿Qué pues ha de decir Vd.? Mejor es que calle.

En conciencia nadie debe quejarse del baile de anoche ó de esta mañana en el teatro de la Cruz. Estuvo bueno; es decir concurrido, se bailó bien y mal, esto no corresponde á la empresa, sino á los bailarines, cenó el que tenía dinero, y cenaron muchos que no lo tienen, pero que tienen en cambio buenas narices; y á lo que puede observarse, (única observacion que hice en toda la noche) la mayoría se retiró deseando que se repita la funcion.

No sé si la empresa ha ganado mucho ó poco, pues no estoy pagado por ella para escribir este ni otros artículos sobre el mismo objeto. Con que así, buenas noches ó buenos días; como vds. gusten.

Andrés illo.

EDITOR: DON IGNACIO BOIX.